

Individuo y Estado

Carlos Sánchez Manrique-Tavella

EL HOMBRE máquina es aquel que en su día se dijo insistía¹, el concepto de insistir fue esbozado por don Miguel de Unamuno, no conociendo ningún autor, —aparte del mencionado—, que se haya dedicado con seriedad al tema; el hombre máquina es el que vive para sí, para sus adentros. De este tipo de hombre pueden destacarse unas características, siendo una de ellas la que gira en torno a su concepción del hombre, en el mundo dirán existen dos tipos de hombres, los que tienen moral de amos y los con moral de esclavos; sin haber leído a Nietzsche han llegado a esta simplista conclusión por la vía de los hechos.

Dentro de los esquemas o formas políticas conocidas, encuentran su habitat en las doctrinas autocráticas, y dentro de ellas, el autoritarismo y el totalitarismo. Vienen a mostrar su faceta autocrática en su adscripción a aquellos partidos políticos caracterizados por tener una concepción global del mundo y de la vida, partidos cuya premisa fundamental es que el hombre se encuentra al servicio del Estado, el individuo no vale nada fuera del mismo. La propaganda, la potenciación del nacionalismo, la exaltación del líder, la apología de la guerra como solucionadora de los conflictos, vienen a ser sus mejores armas frente a la masa. Sin embargo, es un conservador dentro de la política, en la medida que es un acérrimo defensor del status quo establecido.

¹ Leer en este sentido el artículo periodístico "La máquina de escribir", publicado en el dominical del diario "El Comercio" el 14 de Febrero de 1982.

Para este tipo de hombre el ideal normalmente no existe. Frente al idealismo alemán aparecen como materialistas, para éstos el único ideal que debe existir es el ideal de Estado. Será la voluntad la categoría que elevarán mayestáticamente. Si se les llegara a preguntar sobre los orígenes del Estado, responderán al unísono que éste no es sino fruto de la voluntad de un pueblo, que mediante las voluntades individuales —y la suma de éstas— creamos la voluntad social, ésta última confluye en la estructura de convivencia social llamada Estado y que es capaz de cambiar el mundo.

Es así que el Estado es inmortal, el mismo tiene la *summa potestas*, el monopolio de todas las manifestaciones sociales, siendo un ente abstracto de carácter coactivo; el hombre—máquina ha dado paso al Estado—máquina, la política habrá de ser vista como una política de Estado.

El Estado—máquina necesita de una organización para mejor cumplir sus fines, y cimenta la subsudicha en una ordenada burocracia que llega a identificarse con el ideal de Estado, relegan su particularismo y creen firmemente en ese antagonismo tan agónico, que no es otra cosa que el fenómeno mando—obediencia. El Estado no es sino el nuevo príncipe que ya nos hablara Maquiavelo, todo lo que él mismo haga está justificado y no reparará en los medios para obtener sus fines. Total: los fines del Estado son los fines del hombre, por ello los gobiernos y los gobernantes tienen el derecho de superponer su voluntad a la de los gobernados, pero éstos como aquéllos no son sino una pieza más de la—máquina, y la misma seguirá funcionando aún a pesar de su ausencia.

El hombre—máquina puede ser poseedor o desposeído, —en terminología marxista—, de los llamados medios de producción, pero a pesar de estar dentro de la sociedad existe algo que los caracteriza y singulariza frente a los restantes hombres, frente a la masa. Ello es que son los nuevos profetas del siglo veinte, saben hacerse escuchar y se les escucha. Ellos tienen un fuerte arraigo dentro de la sociedad, ya que sus palabras no son comunes, porque apelan en sus conversaciones privadas y públicas al mismo ser del hombre, apelan a algo que no ha cambiado en el hombre y que lo ata per *sécula seculorum*, apelan a la historia, y apelando a ella y sus manifestaciones concretas, saben llegar al pueblo; utilizando así indistintamente y de acuerdo a las circunstancias, a la patria, a la religión, a la cultura y un etc.

Han llegado a ocupar relevantes puestos dentro de la organización social, lo que se llama un puesto destacable, sea en la empresa, en los

partidos políticos, en los órganos de la administración del Estado, en los mismos sindicatos. El hombre-máquina puede ser de izquierdas o de derechas, sin que ello pueda tener relevancia en caracterizarlo como conservador; pero, como se dijo, son profetas y sus profecías giran por donde se les mire en la defensa del Estado. En la medida que no son innovadores seguirán siendo conservadores frente al mismo Estado, ya que parten de la idea de la inmortalidad del ente, esta pretendida inmortalidad justificará sus más variadas actuaciones, y las mismas se encuentran desligadas de cualquier principio ético, por ende, el Estado puede ser malo. En contrario, si el Estado se supiera mortal sería un buen Estado, sería una buena máquina. Esto que puede sonar a perogrullada es necesario decirlo, porque llevado al individuo *uti singulis* considerado, vemos que el hombre-máquina transcurre la vida pensando en una pretendida inmortalidad, pero cercano a la muerte *dase cuenta* que es un ser mortal.

El hombre-máquina participa, —aún a pesar de su insistir—, de la sociedad, dado que vive en sociedad. Su participación es activa y se refleja en la vida política cuando empieza a formar grupos que van a enquistarse dentro de la organización social. Grupos caracterizados por ser portadores de intereses o en su caso grupos de presión, que presionan a los detentadores del poder. Su peso dentro de la organización vendrá dado según la nación-Estado que analicemos. En este sentido, ha habido naciones que no han podido configurarse como Estados. Partiendo de ellos, Marx y Engels deducen unas características de los pueblos, sean éstos históricos o no. Para los padres del socialismo científico son históricos los pueblos (naciones) capaces de darse un Estado racional moderno; no son históricos los demás (nacionalidades) que deben asimilarse para su supervivencia a los primeros. Así la retahíla de los servios, galos, bretones, vascos, etc., deshechos despiadadamente pisoteados por la marcha de la historia.²

Quizás estas afirmaciones sean ciertas, los pensadores alemanes, y no sólo Marx o Engels, sino un Fichte, Hegel Nietzsche, querían configurar un Estado alemán, pero antes tenían que acabar, —y de ahí el problema—, con ese Estado. Dentro del pretendido Estado alemán, para los pensadores alemanes del XIX el principal problema era el problema judío, de ahí que surgiera un Hitler.

Alemania es hoy un ejemplo típico de lo que es una nación-Estado. Sabemos de la existencia de dos alemanias; la alemania occidental a pesar

2 André Glucksmann, "Los maestros pensadores". Edit. Anagrama S.A. Barcelona — 1978. Pág. 88.

del estado que quedara al finalizar la segunda guerra mundial, hoy día nos hace envidiarla. El desarrollo económico conseguido es hoy objeto de elogiosos comentarios, al menos ante nuestros ojos de desgraciados países tercermundistas. Para justificar dicho desarrollo se han traído a colación y se ha recurrido a diferentes motivos, pero en el vulgo se escucha repetidamente y machacosamente que es la pretendida raza alemana una de esas razas portadoras del progreso, —eso creyó Hitler y de ahí sus apetencias de querer dominar el mundo—, frente a las otras negadoras del mismo. Sin desmerecer la aportación que pudo tener el alemán medio en dicho desarrollo y los E.U.A., no han sido éstos los principales factores. El principal factor, y téngase presente, ha sido el Estado y la buena organización del mismo; todo lo demás que se diga son puras diatribas. Ya han pasado varias décadas desde la conclusión de la guerra y la alemania de hoy no creo sea ejemplo para nadie. Ese Estado alemán ha dado paso a lo que Schreiber en Francia llama la era del chip, en la cual la máquina sustituye al hombre, la máquina controla al hombre, el hombre máquina dentro del Estado máquina se siente feliz.

En Alemania, el encuadre del individuo dentro del Estado, —y esto sucede en otros Estados—, ha sido tal que se han superado los conflictos internos. Son los conflictos externos propios y de otros Estados los que acaparan la atención. Importante papel cumplen en este sentido hoy los medios de comunicación. En la medida que las grandes potencias se encuentran bipolarizadas y luchan por sus respectivas áreas de influencia, la paz interior se encuentra garantizada. El problema surge cuando uno de los grandes Estado-máquina existentes pretende configurar por todos los medios, —la guerra como solucionadora de los conflictos—, un Estado mundial en base a sus principios, que míreseles por donde se les mire descansan en la economía. Al estar en conflicto latente la coexistencia aparece.

El Estado-máquina se ha preocupado de todo lo que pueda atañerle como Estado, pero no se ha preocupado del hombre, la razón de Estado se encuentra por encima de cualquier otra razón, por ello es común en todas las teorías revolucionarias modernas, sean éstas de izquierdas o de derechas, el marcar una diferenciación entre lo público (bueno) y lo privado (malo). Los detractores del Estado, los que proclamaban su extinción o desaparecimiento, tienen que ceder ante el hecho inobjetable de su inmortalidad, el bienestar común ello reclama. Para el Estado y sus portavoces la potenciación del conflicto externo acalla el conflicto interno y, es más, el conflicto del hombre mismo, sus pretendidas ansias de felicidad. —Si bien es cierto que las doctrinas revolucionarias son cada

vez menores donde se ha conseguido el progreso material, no es menos cierto las consecuencias nefastas que ha acarreado en el hombre—. El poder político, a pesar de ser un poder caracterizado por su visibilidad, se hace cada vez más inaccesible. De hecho, para el hombre medio sólo queda el poder invisible, la religión, que renace cual aureola de verano calando en nuestras conciencias. Ahí no llegará el poder político, estemos tranquilos.

Los conflictos por el poder político seguirán existiendo pero ya no con la virulencia de antaño. Lo común y general es que los mismos se resuelvan en cenas de etiqueta, ya que frente al pueblo hay que seguir manteniendo la coherencia, la unidad. Los detentadores del poder político se caracterizan por ser individuos pensantes; y, con Foucault, hay que decir que el individuo que piensa no puede ser loco, ya que la locura es justamente condición de imposibilidad de pensamiento.

Dentro de los Estados-máquina existen los mecanismos de representación y no existen, en los primeros los hombres-máquina asisten y participan de la vida política, —del poder—, mediante los mecanismos de representación, dándose el caso que el mandato conferido por el pueblo, en virtud de la soberanía que él mismo ostenta, se encuentra en crisis por la intervención de los partidos políticos. En los segundos la soberanía del pueblo no existe o no se respeta, es el partido único quien ejerce dicha soberanía nombrando a los representantes del pueblo, —en éstos se dice que una clase social, la del pueblo unido a partir del año 1969, y ya no proletariado, ostenta el poder—, que se caracteriza por su homogeneidad de pensamiento y acción.

En los primeros, el pueblo se caracterizará por su disparidad de pensamiento, por su heterogeneidad. Los segundos dirán que dichos pueblos no son pensantes por no ser homogéneos y en este sentido dan una lección de cohesión política, cohesión en el temor. Lo único que podía quedar incólume eran las conciencias; por ello la necesidad de que el Estado controle la religión, controlando las conciencias encontrará la paz y cohesión interior. Esta pretendida homogeneidad de que se hace gala debería habernos llevado a la extinción del Estado, hecho este que se pregona incluso desde antes de la revolución de 1917 y la configuración del comunismo, pero el Estado comunista no existe ni existirá en milenios. Se hace por ello necesario una revolución que partiendo del hombre busque no cambiar el tipo de Estado, sino que busque cambiar el hombre.

El hombre-máquina está ahí, silencioso nos contempla a través del tiempo, para él, él mismo no ha pasado; el Estado-máquina sigue siendo

el mismo. Lo dicho por la dogmática del Derecho Público alemán de fines del XIX y principios del XX sigue siendo válido, no pide su concurso, se impone. Su mismo carácter coactivo le da permanencia y continuidad, así el Estado-máquina para el hombre-máquina seguirá siendo inmortal, por ende podrá ser malo y cuanto más malo mejor, es el nuevo príncipe que aplica su verdad política sin ninguna contemplación, frente a él, mirándolo a través del tiempo está el hombre-masa, propugnador de un nuevo tipo de Estado.

Lima, 14 de julio de 1983